

de la GUERRA CIVIL, habrá muchas lágrimas y muchos arrepentimientos.

Si; de las cuatrocientas mil mujeres decentes que tan cuidadosamente hemos elegido en el seno de todas las naciones europeas, nos complacemos en creer que habrá un determinado número de ellas, trescientas mil, por ejemplo, que serán bastante perversas, bastante encantadoras, bastante adorables, bastante belicosas, para levantar el estandarte de la GUERRA CIVIL.

—; A las armas, pues, a las armas!

TERCERA PARTE

DE LA GUERRA CIVIL

Bella como los Serafines de Klopstock,
terrible como los diablos de Milton.
DIDEROT.

MEDITACIÓN XXIII

DE LOS MANIFIESTOS

Los preceptos preliminares cuyo conocimiento puede servir de arma a un marido, son poco numerosos; se trata, en efecto, aquí, más bien de examinar si puede resistir, que de saber si sucumbirá.

Sin embargo, colocaremos aquí algunos principios para iluminar la palestra en que el marido va a encontrarse en breve a solas con la religión y la ley, contra su mujer, apoyada por la astucia y por la sociedad entera.

LXXXII

Todo puede esperarse y suponerse de una mujer enamorada.

LXXXIII

Las acciones de una mujer que quiere engañar a un marido serán siempre estudiadas, pero no serán nunca razonadas.

LXXXIV

La mayor parte de las mujeres proceden como la pulga, a saltos y botes irregulares. Escapan gracias a la altura o a la profundidad de sus primeras ideas, y las interrup-

ciones de sus planes las favorecen. Pero no operan más que en un espacio que un marido puede fácilmente circunscribir; y, si éste tiene sangre fría, puede acabar por apagar esta pólvora animada.

LXXXV

Un marido no debe permitirse nunca dirigir a su mujer una palabra hostil en presencia de un tercero.

LXXXVI

Desde el momento en que una mujer está decidida a faltar a la fidelidad conyugal, cuenta con su marido para todo o para nada. De aquí se pueden sacar las consecuencias.

LXXXVII

La vida de una mujer está en la cabeza, en el corazón o en la pasión. A la edad en que su mujer ha juzgado la vida, el marido debe saber si la causa primera de la infidelidad que medita procede de la vanidad, del sentimiento o del temperamento. El temperamento es una enfermedad que puede curarse; el sentimiento ofrece a un marido grandes probabilidades de éxito; pero la vanidad es incurable. La mujer que vive con la cabeza, es un azote espantoso. Reunirá los defectos de la mujer apasionada y de la mujer amante, sin tener sus cualidades. Carece de piedad, de amor, de virtud y de sexo.

LXXXVIII

La mujer que vive con la cabeza, procurará inspirar a su marido indiferencia; la mujer que vive con el corazón, odio; y la mujer apasionada, antipatía.

LXXXIX

Un marido no arriesga nunca nada haciendo creer en la fidelidad de su mujer y afectando aire paciente o guardando silencio. El silencio, sobre todo, inquieta prodigiosamente a las mujeres.

XC

Parecer que se tiene conocimiento de la pasión de su mujer, es ser un necio; pero fingir que se ignora todo, es de un hombre de talento, y casi no hay más partido que tomar que éste. Por eso se dice que en Francia todo el mundo tiene *sprit*.

XCI

El mayor inconveniente de todos, es el ridículo.—Al menos amémonos en público—debe ser el axioma de todo matrimonio. Perder ambos el honor, la estimación, la consideración, el respeto o lo que queráis llamar a eso no sé qué social, es demasiado perder.

Estos axiomas conciernen únicamente a la lucha. La catástrofe tendrá los suyos.

Hemos dado a estas crisis el nombre de GUERRA CIVIL por dos razones: en primer lugar, porque ninguna es más intestina que ésta, y después, porque ninguna es tampoco más política. Pero ¿dónde y cómo estallará esta fatal guerra?

—¡Ah! ¿creéis que vuestra mujer tendrá regimientos y tocará la trompeta? Tendrá a lo sumo un oficial, y eso es todo; pues con ese débil cuerpo de ejército tendrá lo suficiente para destruir la paz de vuestro hogar.

—¡Siempre me prohibes ver a los que más me agradan!

Este es un exordio que sirve de manifiesto en la mayor parte de los matrimonios. Esta frase y todas las ideas que se deducen de ella es la fórmula más comúnmente empleada por las mujeres vanas y artificiosas.

El manifiesto más general es el que se proclama en el lecho conyugal, principal teatro de la guerra. Esta cuestión se tratará articularmente en la Meditación titulada: *De las diferentes armas*, bajo el epígrafe: *Del pudor en sus relaciones con el matrimonio*.

Algunas mujeres linfáticas fingirán estar aburridas y se harán las muertas para obtener los beneficios de un divorcio secreto.

Pero casi todas deben su independencia a un plan cuya influencia sobre casi todos los maridos es infalible y cuyas perfidias vamos a descubrir.

Uno de los mayores errores humanos consiste en esa creencia que hay de que nuestro honor y nuestra reputación se establecen por nuestros actos, o resultan de la aprobación que nuestra conciencia da a nuestra conducta. El hombre que vive en sociedad ha nacido esclavo de la opinión pública. Ahora bien, un hombre tiene en Francia menos influencia sobre el mundo que su mujer. En manos de ésta está el ponerlo o no en ridículo.

Las mujeres poseen a las mil maravillas el talento de adobar con razones especiales las recriminaciones que

ellas se permiten hacer. Nunca defienden más que sus yerros, y es este un arte en el que sobresalen, pues saben dar autoridad a sus razonamientos, a sus pruebas, y alcanzar a veces pequeños éxitos gracias a insignificantes detalles. Se adivinan y se comprenden perfectamente cuando una de ellas presenta a otra un arma que le está prohibido afilar. De este modo es como pierden a veces, sin querer, a un marido. Aplican la cerilla, y, mucho tiempo después de aplicada, se asustan del incendio.

Por regla general, todas las mujeres se alían contra un hombre casado acusado de tiranía; pues existe un lazo secreto entre ellas, como entre todos los sacerdotes de una misma religión. Se odian, pero se protegen. Vosotros nunca podríais ganar más que a una sola; y esta seducción sería aún un triunfo para vuestra mujer.

En este caso, estáis expuesto a ser desterrado del imperio femenino. Encontráis sonrisas irónicas en todos los labios y epigramas en todas las contestaciones. Estas espirituales criaturas forjan puñales, divirtiéndose en esculpir el mango antes de heriros con gracia.

El arte pérfido de las hipótesis, la falsa ingenuidad de una pregunta, todo lo emplean contra vosotros. Un hombre que pretenda mantener a su mujer bajo el yugo conyugal, da un ejemplo pernicioso para que ellas no procuren destruirlo. ¿No será su conducta una sátira contra todos los maridos? Así es que todos os atacan, ya con amargas burlas, ya con argumentos serios, o ya con vulgares máximas de galantería. Un enjambre de solteros apoyan todas sus tentativas, y os veis asaltado, perseguido, como un raro, como un tirano, como un extravagante, como un hombre de quien es preciso desconfiar.

Vuestra mujer hace una defensa vuestra como la que hacía el oso de la fábula de La Fontaine: os tira piedras a la cabeza para cazar las moscas que se posan en ella. Por la noche os cuenta todas las conversaciones y dichos que ha oído de vosotros, y os pedirá cuenta de acciones que no habéis cometido y de conversaciones que no habéis sostenido. Os habrá justificado de pretendidos delitos, os habrá alabado de tener una libertad de que carece, para disculparos de la mala acción que cometéis no dejándola en libertad. La inmensa carraca que vuestra mujer agita os perseguirá a todas partes con su importuno ruido. Vuestra querida amiga os aturdirá, os atormentará, se complacerá en no haceros sentir más que las espinas del matrimonio. Os acogerá con aire muy risue-

ño en sociedad y se mostrará intratable en casa. Afectará mal humor cuando vosotros estéis contentos, y os impacientará con su alegría cuando estéis tristes. Vuestros dos semblantes formarán una antítesis perpetua.

Pocos hombres tienen bastante fuerza de voluntad para resistir a esta primera comedia, representada siempre hábilmente, y que se parece al hurra que lanzan los cosacos al entrar en combate. Ciertos maridos se enfadan y se creen culpables. Otros abandonan a sus mujeres. Finalmente, algunas inteligencias superiores no saben tampoco manejar siempre la varita encantada que tiene que disipar esta fantasmagoría femenina.

Las dos terceras partes de las mujeres saben conquistar su independencia con esta sola maniobra, que no es en cierto modo más que una revista de sus fuerzas. De este modo la guerra queda terminada muy pronto.

Pero un hombre poderoso que tiene el valor de conservar su sangre fría en medio de este primer asalto, puede divertirse mucho descubriendo a su mujer, por medio de graciosas bromas, los secretos sentimientos que le hacen obrar; siguiéndola paso a paso por el laberinto en que se mete; diciéndole a cada palabra que se engaña a sí misma, no dejando nunca el tono de broma y no encolerizándose nunca.

Sin embargo, la guerra está declarada; y si un marido no ha sido deslumbrado con este primer fuego artificial, una mujer tiene otros muchos recursos para asegurar su triunfo, recursos que se van a poner de manifiesto en las Meditaciones siguientes.

MEDITACIÓN XXIV

PRINCIPIOS DE ESTRATEGIA

El archiduque Carlos publicó un magnífico tratado sobre el arte militar, titulado: *Principios de estrategia aplicados a las campañas de 1796*. Nos parece que estos principios se semejan un poco a las prácticas hechas para poemas publicados. Hoy somos mucho más fuertes, inventamos reglas para obras, y obras para reglas. Pero ¿de qué han servido los antiguos principios del arte militar ante el impetuoso genio de Napoleón? Si hoy reducís, pues, a sistema las enseñanzas dadas por este gran capitán cuya nueva táctica destruyó la antigua, ¿en qué podéis fundaros para creer que no habrá en el porvenir

otro Napoleón? Salvo algunas excepciones, los libros sobre arte militar tienen el mismo destino que las obras antiguas de Química y de Física. Todo cambia sobre el terreno o por períodos seculares.

Esta es, en pocas palabras, la historia de nuestra obra.

Mientras que hemos trabajado sobre una mujer inerte, adormecida, nada sería más fácil que tejer las redes en que la hemos encerrado; pero desde el momento en que se despierta y se resiste, todo se mezcla y se complica. Si un marido quisiera procurar usar de los principios precedentes para envolver a su mujer en las redes agujereadas que la segunda parte ha tendido, se parecería a Wurmser, Mack y Beaulieu haciendo campamentos y marchas, mientras que Napoleón los rodeaba diestramente y se servía para perderlos de sus propias combinaciones.

Así obrará vuestra mujer. ¿Cómo saber la verdad, cuando vosotros os la ocultaréis uno a otro con la misma mentira, y cuando os armaréis la misma ratonera? ¿De quién será la victoria cuando ambos os hayáis dejado coger las manos en el mismo lazo?

—Tesoro mío, tengo que salir; tengo que ir a casa de la señora tal, y he mandado que enganchen. ¿Quieres venir conmigo? Vamos, sé amable y acompaña a tu mujer.

Vosotros os decís para vuestros adentros:

—¡Cómo la fastidiaba si aceptase! Cuando me hace tantos ruegos, es para que no acepte.

Entonces le respondéis:

—Precisamente tengo que hacer en casa de fulano de tal; pues está encargado de un informe que puede comprometer nuestros intereses en tal empresa, y es absolutamente necesario que hable con él. Después tengo que ir al ministerio de Hacienda; de modo que todo se puede arreglar.

—Pues bien, ángel mío, ve a vestirte, mientras que Celina acaba de peinarme; pero no me hagas esperar.

—Querida mía, ya estoy listo—decís presentándoos al cabo de algunos minutos calzado, afeitado y vestido.

Pero todo ha cambiado. Ha recibido de pronto una carta; la señora está indispueta; el vestido está mal hecho; llega la costurera, y si no es la costurera, es vuestro hijo o vuestra madre.

De cien maridos, existen noventa que se van contentos, y creen a sus mujeres en seguridad, cuando son ellas mismas las que le hacen salir de casa.

Una mujer legítima, a la que no se le escapa nada de

lo de su marido, a la que no atormenta ninguna inquietud pecuniaria, y, para emplear el lujo de inteligencia con que trabaja, contempla día y noche los notables cuadros de sus jornadas, no tarda en descubrir la falta que ha cometido al caer en una ratonera o al dejarse sorprender por una peripecia; procurará, pues, volver todas sus armas contra vosotros mismos.

Existe en la sociedad un hombre cuya presencia contraría a vuestra mujer; no puede sufrir su tono, sus maneras, ni sus chistes. De él todo la hiere, la sofoca, le es odioso; que no le hablen de él. Parece que ella se propone a intento contrariaros; pues le parece que este es un hombre de quien vosotros hacéis mucho caso; simpatizáis mucho con él, porque os adula: así es que vuestra mujer pretende que vuestra estimación es puro efecto de vanidad. Si dáis un baile, una velada o un concierto, casi siempre tenéis una disputa sobre este punto, y la señora arma una discusión pretextando que la obligáis a tratar gente que no le agrada.

—Al menos, señor mío, no podrás decirme que no te lo he advertido. Ese hombre te causará algún disgusto. Fíate de las mujeres cuando se trata de juzgar a un hombre, y permíteme que te diga que ese *barón* que te tiene tan ciego es un personaje peligroso a quien haces muy mal en traer a tu casa. Pero mira tú lo que eres, me obligas a ver a un tipo a quien no puedo sufrir, y si te rogase que invitases a don *Fulano de tal*, seguramente que no lo harías, sólo porque crees que yo tengo gusto en verle. Confieso que tiene una conversación muy agradable, que es simpático y muy amable; pero tú vales mucho más que él.

Estos rudimentos informes de una táctica femenina fortificada con gestos falaces, combinadas de increíble astucia, con pérfidas entonaciones de voz, y hasta con los lazos de un malicioso silencio, constituyen, en cierto modo, el espíritu de su conducta.

En esta situación, hay pocos maridos que no conciban la idea de armar una pequeña ratonera; hacen dueños de sus casas a don *Fulano de tal* y al fantástico *barón*, que representa el personaje aborrecido por sus mujeres, esperando descubrir un amante en la persona del soltero amado en apariencia.

¡Oh! ¡cuántas veces he encontrado en el mundo jóvenes, verdaderos aprendices en amor, que eran víctimas del mentido amor que les fingían mujeres obligadas a buscar algún mono que las divirtiese, o a aplicar una moxa a

sus maridos, como antes sus maridos se la habían aplicado a ellas!... Estos pobres inocentes pasaban el tiempo en cumplir minuciosamente ciertos encargos, en ir a buscar los palcos para la función de la noche, en pasearse a caballo acompañando al bosque de Bolonia a la carroza de su pretendida querida; se les atribufa públicamente amores con mujeres de las que ni siquiera besaban la mano: el amor propio les impedía desmentir aquellos halagüeños rumores; y, semejantes a esos jóvenes sacerdotes que dicen misas gratis, gozaban de una pasión que les daba tono, siendo verdaderos supernumerarios en amor.

En estas circunstancias, el marido pregunta algunas veces al portero cuando vuelve a casa:

—¿Ha venido alguien?

—A las dos ha estado el *barón* para ver al señor; pero como no estaba más que la señora, no ha querido subir. El señor *Fulano de tal* está arriba.

Llegáis y veis a un joven soltero muy peripuesto, perfumado, un petimetre perfecto. Tiene miramientos con vosotros; vuestra mujer escucha a hurtadillas el ruido de sus pasos, y baila siempre con él; si le prohibís que lo vea, grita, y sólo después de muchos años (véase la Meditación de los Últimos síntomas), llegáis a aperciros de la inocencia de don *Fulano de tal* y de la culpabilidad del *barón*.

Hemos observado, como uno de los manejos más hábiles, el de una joven, llevada de una pasión irresistible, que mostraba profundo odio por aquel a quien no amaba, mientras que prodigaba a su amante las imperceptibles pruebas de su amor. En el momento en que su marido se persuadió de que amaba al *sigisbeo* y de que detestaba al *patito*, se colocó ella misma con el *patito* en una situación cuyo riesgo había sido calculado de antemano, y que hizo creer al marido y al soltero execrado que su adhesión y su amor eran igualmente fingidos. Una vez que sumergió a su marido en la duda, dejó llegar a sus manos una carta apasionada. Una noche, en medio de la admirable peripecia que había preparado lentamente, la dama se arrojó a los pies de su esposo, le rogó con lágrimas y supo hacer que el golpe teatral resultase en provecho suyo.

—Te estimo y te honro demasiado—exclamó ella—para tener ningún confidente que no seas tú. Yo amo. ¿Es este un sentimiento que se pueda vencer fácilmente? Pero lo que puedo hacer es confesártelo y suplicarte que me protejas contra mí misma y que me salves de mí propia. Sé mi dueño y muéstrate severo; sácame de aquí, aléjame

del que ha causado todo el mal, consuélame; yo le olvidaré, pues lo deseo. No quiero de ningún modo hacerte traición. Te pido humildemente perdón por la perfidia que me ha sugerido el amor. Sí, te confesaré que el sentimiento que fingía por mi primo era un lazo tendido a tu perspicacia; le quiero como amigo; pero como amante... ¡Oh! ¡perdóname!... yo no puedo amar más que... (Aquí muchos sollozos.) ¡Oh! ¡marchémonos, salgamos de París!...

Lloraba, sus cabellos estaban desgreñados, sus ropas en desorden; eran las doce de la noche, y el marido perdonó. ¡El primo dejó de parecer peligroso en lo sucesivo, y el Minotauro devoró a una víctima más!

¿Qué preceptos pueden darse para combatir tales adversarios? Toda la diplomacia del congreso de Viena está en sus cabezas, y son ellas tan fuertes cuando se entregan, como cuando se escapan. ¿Qué hombre tiene la doblez necesaria para abandonar su fuerza y su poder, y para seguir a su mujer en este dédalo?

Defender a cada instante lo falso para saber lo verdadero, y lo verdadero para descubrir lo falso, cambiar de improviso la batería y mover el cañón en el momento de hacer fuego; subir con el enemigo a una montaña para volver a bajar cinco minutos después a la llanura; acompañarle en sus rodeos, tan rápidos y embrollados como los de un ave fría en los aires; obedecer cuando es necesario hacerlo, y oponer con oportunidad una resistencia inerte; poseer el arte de recorrer, como el joven artista corre de una sola tirada desde la nota más baja de su piano a la más alta, toda la serie de hipótesis y adivinar la intención secreta que anima a una mujer; temer sus caricias y buscar en ella pensamientos, más bien que placeres, todo eso es un juego de niños para un hombre de talento y para esas imaginaciones lúcidas y observadoras que tienen el don de obrar al mismo tiempo que piensan; pero existe una inmensa cantidad de maridos que se asustan ante la sola idea de poner en práctica estos principios tratándose de sus mujeres.

Aquellos prefieren pasar su vida trabajando y urdiendo lazos, que verse un día vencidos.

Los unos os dirán que son incapaces de tener su espíritu en completa tensión y de desconcertar todos sus hábitos. En este caso, la mujer triunfa. Reconoce que tiene sobre su marido una superioridad de espíritu o de energía, aunque esta superioridad no sea más que momentánea, y nace en ella un sentimiento de desprecio para el jefe de la familia.

Si hay tantos hombres que no son dueños en sus casas, no es por falta de voluntad, sino por falta de talento.

Respecto a los que aceptan los pasajeros trabajos de este terrible duelo, es indudable que necesitan una gran fuerza moral.

En efecto, en el momento en que es preciso desplegar todos los recursos de esta secreta estrategia, ocurre que es inútil la mayor parte de las veces tender lazos a estas criaturas satánicas. Una vez que las mujeres han llegado a adquirir cierta fuerza en el arte del disimulo, sus semblantes llegan a hacerse tan impenetrables como la nada. He aquí un ejemplo que yo conozco.

Una coqueta de París, muy joven, muy bonita y muy simpática, no se había aún levantado, y tenía a la cabecera de su cama a uno de sus amigos más queridos. En este momento, recibe una carta de otro de sus amigos más fogosos, a quien había dejado tomarse el derecho de hablarle como dueño. La carta estaba escrita con lápiz y concebida de esta suerte:

«Acabo de saber que M-Z está en casa de usted en este momento; le espero para levantarle la tapa de los sesos.»

La señora D... continuó tranquilamente la conversación con M-Z, rogando a éste que le alcanzase un pequeño pupitre de marroquí encarnado, que él se apresura a entregarle.

—Gracias, querido...—le dijo;—siga usted hablando que le escucho.

M-Z sigue hablando, y ella le responde al mismo tiempo que escribía el siguiente billete:

«Puesto que está usted celoso de M-Z, pueden ustedes levantarse la tapa de los sesos cuando gusten, podrá usted morir; ¡pero entregar su espíritu!... lo dudo.»

—Amigo mío, hágame usted el favor de encenderme esta vela—le dijo al que estaba a la cabecera de su cama.—Gracias, es usted muy amable. Ahora, hágame el favor de dejarme y de entregar esta carta a M-H, que le espera a la puerta.

Todo esto fué dicho con una sangre fría inimitable. El sonido de voz, las entonaciones, los rasgos de su fisonomía, nada se inmutó. Esta audaz concepción fué coronada con un éxito completo. M-H, al recibir contestación de las manos de M-Z, sintió apaciguarse su cólera, y sólo fué atormentado por una cosa, a saber, por sus ganas de aguantar la risa.

Pero cuanto más procuremos iluminar la caverna que intentamos examinar, más profunda nos parecerá. Este asunto es un abismo sin fondo. Creemos llenar mejor nuestra misión, y de manera más agradable e instructiva, mostrando los principios de estrategia puestos en acción en la época en que la mujer había alcanzado un alto grado de perfección en el vicio. Un ejemplo hace concebir más máximas y revela más recursos que todas las teorías posibles.

Un día, al final de un banquete que el príncipe Lebrún había dado a algunos íntimos, los convidados, acalorados por el Champagne, hablaban del inagotable capítulo de las astucias femeninas. La reciente aventura atribuida a la señora condesa R. D. S. J. D. A., con motivo de un collar, había sido el principio de esta conversación.

Un artista estimable, un sabio a quien amaba mucho el emperador, sostenía vigorosamente la opinión poco viril de que sería imposible al hombre resistir con éxito las tramas urdidas por la mujer.

—He experimentado, por fortuna—dijo,—que nada es sagrado para ellas.

Las damas prorrumpieron en exclamaciones.

—Yo puedo citar un hecho.

—Será una excepción.

—Escuchemos la historia—dijo una joven.

—¡Oh! ¡contádnosla!—exclamaron todos los convidados.

El prudente anciano dirigió una mirada en torno suyo, y, después de haber calculado la edad de las damas, se sonrió, y dijo:

—Puesto que todos tenemos ya experiencia de la vida, consiento en narrar la aventura.

Reinó un gran silencio, y el narrador sacó un librito que llevaba en el bolsillo, y leyó lo siguiente:

«Amaba locamente a la condesa de***. Tenía yo veinte años, y como era ingenuo, me engañó; yo me enfadé, y entonces me dejó; era ingenuo, repito, y la echaba de menos; tenía veinte años y me perdonó; y como tenía veinte años y seguía siendo ingenuo, seguía siendo engañado, pero no abandonado; me creía el amante mejor amado, y, por lo tanto, el más feliz de los hombres. La condesa era amiga de la señora de T..., que parecía tener proyectos respecto a mi persona, pero sin que su dignidad se hubiese visto comprometida nunca, pues era descrupulosa y muy decente. Un día, esperando a la con-

«desa en su palco, me oigo llamar desde el palco inmediato. Era la señora de T...

«—¡Cómo!—me dijo—¿ya está usted aquí? ¿Es fidelidad o es que no tenéis nada que hacer? Vamos, venga usted.

«Su voz y sus modales tenían algo de traviesos; pero yo estaba muy lejos de esperar un lance de novela.

«—¿Tiene usted proyectos para esta noche?—me dijo.
«—No tenga usted ninguno. Si le libro a usted del aburrimiento de su soledad, es necesario que me sea usted adicto... ¡Ah! nada de preguntas, y obediencia. Llame usted a mis criados.

«Yo me prosterné, instóme a que bajase, y obedecí.
«—Vaya usted a casa de este caballero—dijo al lacayo,
«—y advierta usted que no irá hasta mañana.

«Después le hizo una seña, el lacayo se aproximó, le dijo no sé qué al oído, y partió. El telón se levantó. Intenté pronunciar algunas palabras, pero me hacen callar, me escuchan o fingen escucharme. Acabado el primer acto, el lacayo trae una carta y advierte que todo está dispuesto. Entonces ella me sonríe, me pide el brazo, me lleva consigo, me hace entrar en su coche, y yo me veo en una gran carretera sin haber podido saber a qué estaba destinado. Cada pregunta que yo me atrevía a hacer, recibía por contestación una solemne carcajada. Si yo no hubiese sabido que era una mujer sumamente apasionada, que hacía ya mucho tiempo que sentía inclinación por el marqués de V, y que no podía ignorar que yo lo sabía, me hubiese creído afortunado; pero ella conocía el estado de mi corazón, y la condesa de*** era su amiga íntima. Alejé, pues, de mi mente toda idea presuntuosa y esperé. En el primer relevo de tiro, fuimos servidos con la rapidez del rayo y partimos inmediatamente. La cosa empezaba a ponerse seria. Pregunté con insistencia hasta dónde nos llevaría aquella broma.

«—¿Hasta dónde?—dijo ella riéndose.—A la mansión más bella del mundo. Adivínelo usted. Apuesto a que no acierta. Por más que piense usted, es seguro, segurísimo, que no lo adivinará. Vamos a casa de mi marido.
«¿Le conoce usted?

«—Ni por asomo.
«—¡Ah! ¡tanto mejor, pues lo temía! Sin embargo, espero que quedará usted contento de él. Están procurando reconciliarnos. Hace ya seis meses que se entablaron las negociaciones, y un mes que nos escribimos. A mi juicio hago bien en salir a su encuentro.

«—Opino lo mismo. Pero ¿qué papel voy a pintar yo en todo eso? ¿Para qué puedo yo servir en ese arreglo?

«—Eso corre de mi cuenta. Usted es joven, amable, un poco corrido y me conviene usted para salvarme del fastidio de la conferencia.

«—Pero escoger el día o la noche de la reconciliación para trabar conocimiento, me parece algo extravagante: del embarazo natural de una primera entrevista y la cara que vamos a poner los tres, me parece que no va a tener nada de agradable.

«—Le he traído a usted para que me divierta—dijo ella con aire bastante imperioso.—Así es que es inútil que indigna usted nada.

«La vi tan decidida, que me resigné. Empecé a reirme de su originalidad, y nos pusimos de muy buen humor. «Todavía tenemos que cambiar otra vez de tiro. El faro misterioso de la noche alumbraba a un cielo de extraordinaria pureza y producía una semiobscuridad voluptuosa. Nos aproximábamos al lugar en que tenía que verificarse la conferencia. Mi compañera me hacía admirar en intervalos la belleza del paisaje, la tranquilidad de la noche y el silencio penetrante de la naturaleza. Como es natural, para admirar juntos todo esto, nos asomábamos a la misma ventanilla del coche y nuestras caras se rozaban. Una piedra produjo en el coche un traqueteo brusco e inesperado, y al sentirlo ella, me estrechó la mano, y, aunque la sacudida no fué fuerte, pues la piedra era muy pequeña, veo de pronto a la señora T... entre mis brazos. No sé lo que intentaríamos ver; pero lo que hay de cierto es, que los objetos empezaban, a pesar de la claridad de la luna, a parecer borrosos a mi vista, cuando ella se desprendió de pronto de mí y se volvió a sentar en el otro asiento del carruaje.

«—¿Se ha propuesto usted convencerme de la imprudencia de mi paso?—me dijo después de permanecer un rato profundamente pensativa.

«!Consideren ustedes cuál sería mi embarazo!
«—¿Proponerme yo nada con usted?—le respondí.—
«¿Qué torpeza! Se apercibiría usted de ello muy pronto; pero una sorpresa, una casualidad, puede perdonarse.

«—Al parecer, contaba usted con eso.
«Llegábamos ya, y ni siquiera echamos de ver que estábamos entrando en el patio del palacio. Todo estaba allí iluminado y anunciaba placer, excepto el rostro del dueño que, al verme, se puso extraordinariamente hosco.
«El señor de T... llegó hasta la portezuela mostrando la

»ternura equívoca exigida por la necesidad de una reconciliación. Más tarde supe que ésta se había hecho absolutamente necesaria por razones de familia. Yo fui presentado, y él me hizo un ligero saludo. Ofreció después la mano a su mujer, y yo seguí a los dos esposos, pensando en mi papel pasado, presente y futuro. Recorrí multitud de habitaciones decoradas con exquisito gusto. El dueño lo había enriquecido todo con un lujo esmerado para reanimar y disculpar con voluptuosas imágenes su desgraciado físico. No sabiendo qué decir, eché mano de la admiración. La diosa del templo, hábil en hacer los honores, recibió mi enhorabuena.

»—Esto no es nada—me dijo ella.—Es preciso que os lleve a la habitación del señor.

»—Señora, hace cinco años que la hice derribar.

»—¡ Ah! ¡ ah! —exclamó ella.

»Cuando estábamos cenando, se le ocurre a ella ofrecer a su marido un trozo de ternera, y él le responde:

»—Señora, hace tres años que no tomo más que leche.

»—¡ Ah! ¡ ah! —exclamó ella de nuevo.

»Imagínense ustedes cuál sería el asombro de estos tres seres al encontrarse juntos. Mirábame el marido con aire arrogante, y yo le correspondía con audacia. La señora de T..., sonriéndome, estaba encantadora. El señor de T... me aceptaba como un mal necesario, y la señora de T... contribuía a ello de un modo maravilloso. Así se comprende que no hubiese hecho nunca en mi vida cena más extravagante que aquella. Terminada la cena, pensaba yo que nos acostaríamos temprano; pero nunca me imaginé que esto sucediese únicamente con el señor de T... Al entrar en el salón, éste dijo:

»—Señora, agradezco a usted mucho la precaución que ha tenido de traer a este señor. Ha juzgado usted con acierto que no tendría yo humor para la velada, y ha hecho usted bien, porque me retiro.

»Después, volviéndose hacia mí, añadió con aire profundamente irónico:

»—El señor tendrá a bien perdonarme y substituirme al lado de la señora.

»Y nos dejó. ¿ Reflexiones? hice más aquella noche que hubiera podido hacer en un año. Una vez solos, nos miramos de un modo tan singular la señora T... y yo, que, para distraernos, me propuso ella dar una vuelta por la terraza.

»—Hasta que los criados hayan acabado de cenar—me dijo.

»La noche estaba hermosísima. Apenas dejaba entrever los objetos, y parecía no encubrirlos sino para dejar que tomasen mayor importancia en la imaginación. Situado en el jardín en la pendiente de una montaña, iba formando terrazas hasta llegar a la orilla del Sena, y se veían de una ojeada las múltiples vueltas y revueltas de este río y las verdes y pintorescas islitas que en él existen. Estos accidentes producían mil cuadros que enriquecían aquellos lugares, encantadores ya por sí solos, con mil raros tesoros. Nos paseábamos por la terraza más grande, que estaba cubierta de espesos árboles. Nos habíamos repuesto ya del efecto producido por la escena conyugal, y mientras paseábamos, se me hicieron algunas confidencias. Las confidencias se atraen unas a otras, y yo hice a mi vez algunas, llegando a hacerse nuestro coloquio cada vez más íntimo e interesante. La señora de T... me había dado en un principio el brazo; después, sin saber cómo, nos abrazamos, y yo la levantaba de tal modo, que apenas le permitía tocar tierra. La actitud era agradable, pero fatigosa a la larga. Hacía mucho tiempo que nos paseábamos, y todavía teníamos mucho que decirnos. Se presentó de pronto un banco de césped, y nos sentamos en él sin cambiar de actitud. En esta posición fué cuando empezamos a hacer elogios de la confianza, de su encanto, de sus dulzuras.

»—¡ Ah! —me dijo,—¿ quién puede gozar de ella mejor que nosotros y con menos temor?... Sé demasiado lo mucho que estima usted a la que yo conozco para temer nada al lado de usted.

»¿ Quería acaso verse contrariada? No lo sé, pero yo no le di gusto. Nos persuadimos, pues, mutuamente de que no podíamos ser más que dos amigos inatacables.

»—Sin embargo, yo creí que la sorpresa de ha poco en el coche, pudiera haber asustado a usted.

»—¡ Oh! no me asusto por tan poca cosa.

»—Temo, no obstante, que haya dejado en usted mella.

»—¿ Qué es preciso hacer para tranquilizarle a usted?

»—Que me conceda aquí el beso que la casualidad...

»—Consiento en ello, porque si no, el amor propio podría hacer creer a usted que le temo.

»Recibí, pues, el beso... Ocurre con los besos como con las confidencias: el primero atrajo al segundo, y éste a otro... Se multiplicaban, entrecortaban la conversación y la reemplazaban; apenas dejaban libertad a los suspiros para salir... El silencio sobrevino... Se oía, pues tam-

»bién el silencio se oye. Nos levantamos sin decir nada y reanudamos nuestro paseo.

»—Es preciso volver a casa—dijo,—porque el aire del río es glacial y nada hacemos aquí.

»—Sí, lo creo peligroso para nosotros—le respondí.

»—Acaso, pero no importa. Entremos.

»—Entonces, ¿lo hace usted por miramientos a mí?

»¿Quiere usted acaso defenderse del peligro de las impresiones de semejante paseo... de las consecuencias que pudiera tener... para mí... solo?...

»—Es usted muy modesto—me contestó riéndose,—y me atribuye usted muy singulares delicadezas.

»—¿Lo cree usted así? Bueno. Puesto que así lo cree, volvamos a casa, yo lo exijo.

»(Palabras imprudentes que es preciso dispensar a dos seres que se esfuerzan en decir todo lo contrario de lo que piensan.) Me obligó, pues, a emprender el camino hacia el palacio. Yo no sé, o no sabía al menos, si este partido lo tomaba violentamente, si era una resolución decidida, o si participaba del pesar que yo tenía viendo terminar de aquel modo una escena que tan bien había empezado; pero por mutuo instinto, nuestros pasos iban acortándose, y caminábamos tristemente, descontentos uno de otro y de nosotros mismos. No sabíamos a quién ni a qué acusar. Ni uno ni otro teníamos derecho a exigir nada, ni a pedir nada. Ni siquiera nos quedaba el recurso de dirigirnos un reproche. ¡Cuánto nos hubiera aliviado una disputa! Pero ¿cómo entablarla? Nos acercábamos, sin embargo, ocupados en silencio en sustraernos al deber que tan inoportunamente nos habíamos impuesto. Tocábamos ya a la puerta, cuando la señora de T... me dijo:

»—No estoy contenta de usted... ¡Después de la confianza que le he demostrado, no concederme ninguna!... Usted no me ha dicho ni una palabra de la condesa. ¡Es, no obstante, tan dulce hablar de lo que se ama!... ¡Le hubiera escuchado a usted con tanto interés!... Esto era lo menos que podía usted hacer habiéndole yo privado de ella.

»—¿No tengo yo que hacer a usted un reproche análogo?—dije interrumpiéndola.—Y si en lugar de hacerme confidente de esa singular reconciliación en que desempeñé tan extraño papel, me hubiese usted hablado del marqués...

»—¡Alto ahí!—dijo.—Por poco que conozca usted a las mujeres, ya sabe usted que es preciso esperar sus con-

fidencias... Volvamos a usted. ¿Es usted feliz con mi amiga?... ¡Ah! me temo lo contrario.

»—Señora, ¿por qué dar fe a lo que el público se complace en extender?

»—Ahórrese usted el trabajo de fingir... La condesa es más franca que usted. Las mujeres de su temple no ocultan los secretos de su amor y de sus adoradores, sobre todo cuando una discreción como la de usted puede ocultar el triunfo. Estoy muy lejos de acusarla de coquetería; pero una mujer formal no tiene menos vanidad que una coqueta. Vamos, sea usted franco, ¿no tiene usted queja de ella?

»—Pero, señora, el aire es verdaderamente demasiado frío para permanecer aquí; ¿no quería usted entrar?—dije sonriendo.

»—¿Le parece a usted así? ¡Es singular! ¡Si el aire es caliente!

»Había vuelto a coger mi brazo, y reanudamos el paseo sin que yo me apercibiese del camino que tomábamos. Lo que acababa de decirme del amante que yo le conocía, lo que me decía de mi querida, aquel viaje, la escena del coche, la del banco de césped, la hora, la semiobscuridad, todo me turbaba. Estaba llevado a la vez de mi amor propio, de los deseos, y, muy pensativo o demasiado impresionado para darme cuenta de lo que experimentaba. Mientras que yo era presa de sentimientos tan confusos, ella seguía hablándome de la condesa, y mi silencio confirmaba lo que se le antojaba decirme. Sin embargo, algunas expresiones me hicieron volver en mí.

»—¡Qué astuta es!—decía.—¡Qué gracejo tiene! Una perfidia en su boca parece una agudeza; una infidelidad, parece un esfuerzo de la razón, un sacrificio a la decencia; nunca se abandona, siempre es amable; rara vez es tierna y jamás veraz; galante por carácter, gazmoña por sistema, viva, prudente, diestra, atolondrada; es un Proteo por las formas, es una Gracia por sus modales; atrae, y luego se escapa. ¡Cuántos papeles la he visto representar! Entre nosotros, ¡cuántos tontos engañados la rodean! ¡Cómo se ha burlado del barón! ¡Cuántos chascos le ha dado al marqués! Cuando le aceptó a usted fué para distraer a los dos rivales: estaban a punto de dar un escándalo, pues ella se había burlado demasiado y ellos habían llegado a observarlo. Pero le sacó a usted a escena, los ocupó con usted, los llevó a hacer nuevas investigaciones, le desesperó a usted, le compadeció y le consoló... ¡Ah! ¡cuán feliz es una mujer diestra, cuando

»En estos juegos lo afecta todo y no pone nada! Pero ¿es eso la felicidad?

»Esta última frase, acompañada de un suspiro significativo, fué el golpe de gracia. Sentí caer la venda de mis ojos sin apercibirme de la que me ponían. Mi querida me pareció la más falsa de las mujeres, y llegué a creerme disgustado. Entonces suspiré yo también sin saber adónde iría a parar aquel suspiro. Ella aparentó sentir el haberme afligido y haberse dejado llevar de la lengua para hacer una pintura que, hecha por una mujer, podía parecer sospechosa. Respondí no sé cómo; pues, sin concebir nada de cuanto oía, tomamos el camino del sentimentalismo de tal modo, que no podría decir adónde iríamos a parar. Felizmente, al mismo tiempo tomábamos también un camino que nos conducía a un pabellón que fué testigo de sus más dulces momentos. Mientras nos encaminábamos a él, me hizo un detallado relato del mobiliario de dicho pabellón. ¡Qué lástima que no tuviéramos la llave! Llegamos a él, y lo hallamos abierto. Le faltaba la claridad del día, pero la obscuridad tiene también sus encantos. Nos estremecimos al entrar en él... Era un santuario; ¿sería acaso el del amor? Fuimos a sentarnos en un canapé, y permanecemos allí un momento oyendo el palpar de nuestros corazones. El último rayo de luna hizo desaparecer muchos de nuestros escrúpulos. La mano que no me rechazaba sentía latir mi corazón; quería huir, y volvía a caer más enternecida. Platicamos en el silencio con el lenguaje del pensamiento. Nada hay más encantador que estas mudas conversaciones. La señora T... se refugiaba en mis brazos, ocultaba su cabeza en mi seno, suspiraba y se calmaba con mis caricias; se afligía, se consolaba y pedía al amor todo lo que el amor acababa de arrebatárle. El río rompía el silencio de la noche con un dulce murmullo que parecía concordar con las palpitaciones de nuestros corazones. La obscuridad era demasiado grande para poder distinguir los objetos, pero, a través de la semiobscuridad de una hermosa noche de verano, la reina de aquellos lugares me pareció adorable.

»—¡ Ah! —me dijo con voz celestial,—salgamos de esta peligrosa mansión... Se halla aquí una sin fuerzas para resistir.

»Me arrastró consigo y nos alejamos con pesar.

»—¡ Ah! ¡ qué dichosa es! —exclamó la señora T...

»—¿ Quién? —le pregunté.

»—¿ Hubiera yo hablado si no? —dijo ella con terror.

»Llegados al banco de césped, nos detuvimos en él involuntariamente.

»—¡ Qué inmenso espacio entre este sitio y el pabellón! —me dijo.

»—¿ Ha de serme siempre fatal este banco? —le dije.

»Le recuerda a usted algún pesar o algún?...

»No sé a qué magia fué debido, pero lo cierto es que la conversación cambió y se hizo menos seria. Osamos bromear sobre los placeres del amor para separarlos de la moral, para reducirlos a su más simple expresión y para probar que los favores no eran más que placer; que no había más obligaciones (filosóficamente hablando) que las que se contraían con el público, dejándole penetrar nuestros secretos y cometiendo con él indiscreciones.

»—¡ Qué hermosa noche nos hemos proporcionado por casualidad! —dijo ella.—Ahora bien, en la hipótesis de que por cualquier razón tuviésemos que separarnos mañana, nuestra dicha, ignorada por toda la naturaleza, no nos daría el trabajo de desatar ningún lazo... algunos disgustos acaso, de los que nos indemnizarían los gratos recuerdos; y después, satisfacción sin todas las lentitudes, bullicios y tiranías de los procedimientos. Somos de tal modo máquinas (y me avergüenzo de ello) que en lugar de los escrúpulos que me atormentaban antes de esta escena, me hallaba próxima a aceptar la osadía de estos principios. ¡ Qué hermosa noche! —me decía,—¡ qué hermosos lugares! Ellos acaban de derramar nuevos encantos. ¡ Oh! no olvidemos nunca este pabellón... El pabellón oculto —me dijo sonriéndose,—un sitio más encantador aún; pero no es posible enseñarle a usted nada: es custodio un niño que lo quiere tocar todo y que rompe todo cuanto toca.

»Protesté movido por un sentimiento de curiosidad, y prometí moderarme. Ella cambió de conversación.

»—Esta noche —me dijo,—no tendría tacha para mí si yo estuviese enfadada conmigo misma por lo que le he dicho a usted de la condesa. No es que yo quiera quejarme de usted. La novedad incita. Me complazco en creer de buena fe que le he sido a usted simpática. Pero el imperio del hábito es difícil de destruir, y yo no poseo ese secreto. A propósito, ¿qué le ha parecido a usted mi marido?

»—Poco simpático; lo cual es muy natural tratándose de mí.

»—¡ Ah! ¡ es verdad! la presencia de usted no le ha